

Atardece

Paulo Neo

I

En el aeropuerto, mochila al hombro, valija en mano. Dormí poco y mal. Es de madrugada. A lo lejos, sobre el horizonte, un rojizo tornasol amenaza tragarse el cielo, de a pedazos. Más allá de esta situación, que es pura trivialidad, lo reconozco, hace varios días que intento terminar un artículo de actualidad. No hablo de esto que están leyendo ahora, se trata de otro mucho más serio, mucho más realista y mucho más comprometido. Y es que para que funcione, necesito un personaje, me digo, mientras avanzo por el pasillo plagado de viajeros y azafatas y cargadores, personal de seguridad y kiosqueros y asaltantes hábilmente disimulados.

Voy descartando mentalmente algunos arquetipos usados y re-usados hasta el hartazgo. Necesito un buen diálogo, carajo. Uno que rebose de referencias populares, económicas, políticas y culturales; una verdadera miscelánea narrativa que describa la realidad de forma aséptica y sensata, oblicua y taxativamente. Entonces, claro, pienso en tomar un taxi.

Me demoro unos minutos en la cola. Hasta que me llega el turno. Subo con mis bártulos y doy la dirección de casa. El trayecto es de una media hora, pienso, debo aprovecharlo al máximo. No puedo perder la oportunidad de recolectar la información que necesito. Acto seguido, comienzo con una serie de preguntas que intentan encender la polémica. Muy a mi pesar, el chofer apenas si se digna a contestar con monosílabos, con algún gesto de la cabeza o una leve inclinación de las cejas. Estoy ante una situación de lo más extraña. Ningún tópico surte efecto. Ante las medidas anticrisis, silencio. Ante el pésimo debut de Maradona o la caída de la Selección Nacional en la final de básquet: silencio. Ante la subida del dólar, la proximidad de las elecciones, la última película de Darín, el diario mamarracho de la televisión o las nuevas series de Netflix: silencio. Ante un comentario del tiempo, última de mis esperanzas de iniciar un debate enérgico y productivo, el chofer responde, lenta, parsimoniosamente:

–Lo único importante del tiempo es lo que hacemos con él–, volviendo a concentrarse en el volante. La vista clavada al frente y todo vínculo cortado, para siempre.

II

Llegamos a casa y no me aguanto la frustración y la impotencia. Entonces le digo la

verdad, es decir, toda la verdad. Le cuento que soy escritor de revistas y que solo subí al taxi para iniciar una conversación que pudiera servirme para un artículo de actualidad; que si no mando un buen texto, no cobro un centavo, y así.

Ahora bien, lo gracioso del asunto viene ahora.

El hombre, luego de pensárselo un poco, acaba confesando que en realidad no es taxista, sino también escritor. Novelista, para más, y que trabaja en una obra nueva e intenta meterse en la piel del personaje: un taxista de mediana edad, melancólico y taciturno. A través de un conocido de su esposa ha conseguido ser chofer de taxi por una semana y que todo esto le parece de una casualidad endemoniada, que seguro irá a parar a la novela en proceso, para más.

Comprendí entonces la parquedad, la indiferencia, tan poco frecuentes en los verdaderos ejecutantes del oficio. Decidimos festejar la extrañísima circunstancia tomando una copa en el bar de enfrente. Ahora la conversación versa sobre Nabokov, Bolaño y Flannery O'Connor.

III

A lo lejos, sobre el horizonte, un rojizo tornasol amenaza con tragarse el cielo, de a pedazos. Atardece, pura trivialidad.

